

# TRADUCCIÓN

JIÀO NÀ

LIÁO ZHĀI ZHÌ YÌ

PÚ SŌNGLÍNG

Traducción del chino al español e introducción  
RADINA DIMITROVA Y LIEN-TAN PAN

Pú Sōnglíng 蒲松齡

Famoso escritor (1640-1715) de principios de la última dinastía, 清 Qīng (1616-1911), que pertenece a la historia de la China feudal. Descendiente de una familia pobre de comerciantes de 淄川 Zīchuān (la actual ciudad 淄博 Zībó en la provincia 山東 Shāndōng), casi toda su vida transcurre entre el estudio y la enseñanza, hasta que presenta los exámenes para oficial gubernamental y trabaja como tutor privado. La literatura y la lectura, sus grandes aficiones, lo llevan a recopilar cuentos populares. Su obra es abundante y abarca cientos de relatos: los más cortos son de apenas 200 a 300 caracteres, mientras que los más largos llegan a unos cuantos miles caracteres. Todos, indeliblemente, llevan el sello del estilo único y el gran talento literario de su autor.

Como obra maestra de Pú Sōnglíng 蒲松齡 destaca la colección de 120 relatos, dividida en tres volúmenes, llamada 聊齋誌異 *Liáo Zhāi Zhì Yì*, o *Historias extrañas del estudio del erudito*. Apoyándose en la tradición folclórica oral, el escritor llega a crear un mundo narrativo fascinante, donde las fronteras entre lo real y lo fantástico se borran y se compenetran. En los cautivadores relatos conviven exorcistas daoístas y extraños

fantasmas, severos funcionarios de gobierno y monstruos espantosos, monjes budistas y mujeres-zorras. Frecuentemente, el autor atribuye cualidades positivas a los seres sobrenaturales y describe a los humanos como débiles y perversos, reflejos de su desilusión de la realidad feudal. De una manera sutil e irónica, 蒲松齡 se opone a las rígidas normas que reinan en su sociedad y critica la fosilización de la ética feudal. Además, dando rienda suelta a su extraordinaria imaginación, el autor promueve la liberación del espíritu humano, la expresión de la individualidad y el derecho de los jóvenes de luchar por su amor sin tener que obedecer al código confuciano.

Un motivo muy común en sus cuentos es la unión amorosa entre lo humano y lo sobrenatural: estudiantes o monjes budistas se encuentran con mujeres-zorras, quedan cautivados por su gran fuerza y establecen relaciones amorosas con ellas. Las zorras pueden transformarse en mujeres que casi siempre son físicamente muy bellas y tratan a los humanos con mucha amabilidad y generosidad; algunas son bondadosas y de alta moral, otras son listas y abusadoras, pocas veces llegan a ser crueles o vengativas. Frecuentemente, 蒲松齡 usa la imagen de la zorra como contrapunto del hombre para fustigar las debilidades y las fallas del carácter humano.

Por mucho tiempo, la colección *Historias extrañas del estudio del erudito* circuló entre el público letrado en forma de manuscritos, hasta que se publicó varias décadas después de la muerte de su autor. La versión más temprana data de 1766. Durante sus casi 300 años de existencia, las 聊齋誌異 han sido de las más queridas y leídas en China, y muchos cuentos se han adaptado para películas o telenovelas. Hoy en día las *Historias extrañas* están entre las obras literarias más estudiadas, no solamente en su país de origen, sino también en todo el mundo, pues han sido traducidas a más de 20 idiomas. Su indiscutible valor cultural, alta calidad literaria y rico imaginario, le han concedido el lugar de una obra maestra inmortal de la literatura china.

## JIĀO NÀ

## LIÁO ZHĀI ZHÌ YÌ

Había un estudiante llamado Kong Xueli, descendiente de Confucio y con un moderado y refinado carácter, que poseía talento poético. Un buen amigo suyo, quien era jefe del distrito Tiantai, le envió una carta para invitarlo a que le visitara. Al llegar, Kong descubrió que su amigo había fallecido recientemente. Por falta de dinero, no podía regresar a su casa y se quedó en el monasterio Putuo, copiando sutras budistas para los monjes.

A unos cien pasos al oeste del monasterio quedaba la gran mansión de la familia Shan, cuyo heredero estaba envuelto en un largo pleito jurídico, y en consecuencia la familia había decaído económicamente, la casa se volvía cada día más solitaria y desierta, y los miembros poco a poco iban disminuyendo. El señor Shan entonces se había mudado al campo, dejando su gran mansión deshabitada.

Un día cayó mucha nieve y no se veía a nadie por los caminos; Kong Xueli pasó casualmente frente la puerta de la mansión. De repente salió un joven esbelto y hermoso, lo miró, lo saludó cordial y sencillamente y lo invitó a entrar. Kong, muy complacido y conmovido, le siguió al interior de la casa. Por dentro no era muy amplia, en todas partes colgaban cortinas de brocado, y en las paredes, muchísimas caligrafías y pinturas antiguas. En el escritorio se veía un libro cuyo nombre era *Langhuan Suoji*;<sup>1</sup> ojeándole, Kong se dio cuenta de que le era completamente desconocido.

Dado que el joven habitaba en la mansión de Shan, Kong Xueli pensó que él era el dueño, por lo que no se interesó en saber si pertenecía a alguna familia de oficiales de alto rango. Al contrario, el joven le interrogó minuciosamente acerca de su

<sup>1</sup>《瑯環瑣記》*Lánghuán Suǒjì* o “Historia de la cadena de anillos de jade”: recopilación de cuentos fantásticos para seres inmortales que data de la dinastía 元 Yuán (1279-1368) y cuyo autor es el famoso 伊世珍 Yī Shìzhēn.

situación y, al escuchar su historia, se apiadó de él. Quiso que Kong le aceptara como discípulo y le enseñara, pero éste suspiró profundamente:

—¿Quién me recomendaría de profesor a mí, un pobre viajero en tierras extrañas?

El joven respondió:

—Si usted no me considera estúpido y sin talento, yo le nombraría mi profesor.

Al escucharle, Kong Xueli se alegró mucho, pero todavía no se atrevía a aceptarle como estudiante, y en vez de eso insistió en que fuesen amigos. Le preguntó:

—¿Desde hace cuánto tiempo está cerrada la mansión?

El joven contestó:

—Esta es la casa de la familia Shan que se ha quedado vacía porque el dueño se mudó a vivir al campo. Yo pertenezco a la familia Huang Pu y soy criado, mis antepasados habitaban en Shaanxi, pero su hacienda fue quemada por un gran incendio, por eso decidieron residir temporalmente en la mansión de los Shan.

Así, Kong Xueli supo que ese joven no era pariente de la familia Shan. Hasta el anochecer estuvieron conversando alegremente y el joven dejó a Kong pasar la noche en la casa.

Al otro día, poco antes del amanecer, un criado calentó el salón; el joven se levantó primero y entró, mientras Kong Xueli todavía se acurrucaba en la cama bajo la cobija. El criado anunció:

—El honorable señor viene.

Sorprendido, Kong se levantó. Un anciano de pelo y sienes completamente blancos entró y se dirigió al huésped cordialmente:

—Le agradezco por no dejar a mi tonto hijo y querer ser su profesor. Él apenas empezó a estudiar y nada más escribe garabatos y dibuja como le da la gana. Será mejor si usted lo trata conforme la jerarquía de generaciones y no como amigo.

Diciendo eso, el viejo ordenó traer prendas de seda y brocado, además de un sombrero, un par de calcetines y uno de zapatos. Cuando Kong Xueli ya se había lavado la cara y peinado el cabello, le trajeron también vino y comida. Todo en el salón —mesas, sillas, manteles, ropas— era de un esplendor des-

lumbrante, y Kong no sabía ni cómo nombrar estos objetos de lujo. Brindaron muchas veces; después el anciano se levantó, se despidió y, apoyándose en su bastón, se retiró. Terminado el desayuno, el joven dio a Kong sus tareas para revisarlas; la mayor parte eran poesías antiguas, muy distintas de las formas de composición literaria modernas de aquella época.

Cuando ya el sol se ponía tras las montañas, los dos brindaron de nuevo, y Kong dijo:

—Hoy debemos beber y divertirnos a gusto, porque mañana ya no podremos.

El dueño joven llamó a un sirviente:

—Vete a averiguar si el viejo señor ya se ha dormido; si duerme, busca a Xiang Nu a escondidas y tráela aquí.

El criado se fue, y regresó trayendo un laúd en bolsa de seda. Poco después apareció también una sirvienta de hermosura incomparable. El joven le ordenó tocar la melodía *Xiang Fei*<sup>2</sup> y ella, con la plumita entre sus dedos, se puso a musitar apasionadamente, con un ritmo muy distinto de los conocidos en aquel entonces. Después, el dueño mandó brindar con vino en copas grandes, y así continuaron bebiendo hasta la medianoche. Al otro día, los dos se levantaron temprano a estudiar juntos. El joven mostraba sabiduría envidiable, con sólo ver los textos los recitaba, y a los dos o tres meses ya podía escribir ensayos verdaderamente impresionantes. Quedaron en reunirse a beber una vez cada cinco días y cada vez, obligatoriamente, llamar a Xiang Nu.

Una noche, mientras tomaban y se divertían alegremente, Kong Xueli no podía desviar la mirada de Xiang Nu. El dueño joven adivinó su intención y le dijo:

—Esta sirvienta desde pequeña fue criada por mi padre. Usted está lejos de su tierra y también solo, sin familia. Hace tiempo que yo, día y noche, planeaba buscarle una buena pareja.

<sup>2</sup> 湘妃 *Xiāngfēi* o *Las concubinas Xiang*: se refiere a 娥皇 É'Huáng y 女英 Nǚ Yīng, las dos hijas del mítico emperador Yao (堯帝 *Yáo Dì*) que se hacen esposas de su sucesor, el emperador Shun (舜帝 *Shùn Dì*), y después de su muerte se suicidan por amor, sumergiéndose en el río Xiang (湘江, *Xiāng Jiāng*). Ellas son personajes mitad legendarios, mitad históricos, que permanecen en la memoria folclórica con una imagen controversial: como virtuosas hadas inmortales y esposas ejemplares, pero también como caprichosos y vengativos monstruos acuáticos.

Kong respondió:

—Si tuviera la bondad de ayudarme, búsqüeme una como Xiang Nu.

El joven se rió:

—Usted realmente de haber visto poco se asombra mucho. Si Xiang Nu es su criterio de belleza femenina, sus deseos serán muy fáciles de satisfacer.

Pasado medio año, un día Kong Xueli quiso pasearse por las afueras de la ciudad, pero cuando llegó al portal de la mansión descubrió que las dos hojas de la puerta estaban cerradas con candado por fuera. Asombrado, preguntó a su estudiante y éste le explicó:

—A mi padre le preocupa que pueda encontrarme con gente que me influya de manera inapropiada, por eso no acepta huéspedes.

Kong se calmó y no preguntó más.

En aquella época, el tiempo se volvió demasiado caluroso y húmedo, y los dos tuvieron que mudar su lugar de estudio al pequeño pabellón en el jardín. Fue entonces cuando Kong Xueli se enfermó: en el pecho le salió una bola del tamaño de un durazno; durante la noche se hizo tan grande como un bol. Le dolía tanto que no dejaba de gemir, y su estudiante le cuidaba día y noche sin comer ni dormir. Unos días después, la enfermedad de Kong se agudizó, ya casi no comía ni bebía. Vino también a verle el viejo señor, y todos se miraban entre sí suspirando.

El joven dijo:

—Ayer por la noche estaba reflexionando sobre la indisposición del profesor. Quien le puede curar es mi hermana menor Jiao Na; mandé a buscarla a la casa de nuestra abuela materna exigiendo que vuelva aquí, ¿cómo es que todavía no llega?

Pronto se asomó un criado que anunció:

—Jiao Na ha llegado junto con su tía y la señorita Song.

Padre e hijo se apresuraron a entrar en la habitación. Tras un rato, apareció el joven llevando a Jiao Na. Ella apenas tenía trece o catorce años de edad; sus ojos irradiaban inteligencia y tranquilidad, su cuerpo era fino y delicado como un sauce. Frente a la belleza de su rostro, los gemidos del enfermo de repente se ahogaron en silencio y él recuperó la conciencia.

El joven se dirigió a Jiao Na:

—Este señor es muy amigo mío, lo siento tan próximo como un hermano, así que cúrale con todo tu esmero, hermanita.

Entonces la muchacha se puso seria y se concentró, dobló sus largas mangas y se acercó a la cama para examinar al enfermo. Mientras le tomaba el pulso, él no dejaba de pensar que la fragancia de su cuerpo sobrepasaba la de la orquídea. Sonriendo, Jiao Na dijo:

—La enfermedad es realmente grave, su pulso está muy acelerado, pero aun así es curable. Sin embargo, la bola ya ha crecido al máximo y no hay otra manera de quitarla más que cortándola.

Con estas palabras, la joven se quitó del brazo su pulsera de oro y la puso sobre el pecho del enfermo apretándola suavemente hacia abajo. El lugar hinchado sobresalía unos dos o tres centímetros encima de la pulsera, así logró que la base de la protuberancia bajara; y cuando todo quedó dentro del marco de la pulsera, ya no se veía grande como un bol. Entonces, con una mano, ella abrió la vestimenta de seda por el pecho y, con la otra, tomó su navaja, más afilada que una hoja de papel. Jiao Na apretó la pulsera, agarró bien el cuchillo y, siguiendo la línea de la base, cortó ligeramente la carne hinchada. Corrió la sangre morada manchando todo el colchón.

Kong Xueli estaba tan encantado de la hermosura de Jiao Na que no sólo ya no sentía ningún dolor, sino que temía incluso que la operación terminara demasiado pronto y que no pudiera gozar más de la proximidad de la encantadora. En unos instantes ella ya tenía en su mano el pedazo de carne podrida, perfectamente redondo, como un tumor-parásito cortado del tronco de un árbol. Jiao Na mandó, entonces, en voz alta, que le trajeran agua, y con ella lavó la herida. Después escupió una bolita roja del tamaño de una perla, la puso sobre la herida y, dándole vueltas, la apretó hacia abajo. A la primera vuelta, el enfermo sintió un oleaje caluroso de pies a cabeza; a la segunda, le dio una leve picazón; a la tercera, todo su cuerpo se enfrió, impregnándose de frescura hasta la médula. Al terminar, Jiao Na recogió la bola y se la tragó mientras anunciaba:

—¡Ya está sano! Y se alejó con pasos rápidos y leves. Kong Xueli saltó de la cama para agradecerle.

La grave enfermedad desapareció cual si nunca hubiese sucedido, pero él seguía soñando con la hermosa faz de su curadora; infinita era la amargura en su corazón. Abandonó los libros y los estudios, se quedaba sentado en cualquier lugar con la mirada vacía, infinitamente aburrido. Su estudiante, que le observaba secretamente, le dijo:

—Desde hace algún tiempo buscaba una guapa novia para usted, y creo que ya le encontré buena pareja.

—¿Quién es?, preguntó Kong.

La respuesta fue:

—También es una pariente mía.

Kong Xueli se quedó pensando un largo rato hasta que pronunció:

—No hace falta.

Y con su cara hacia la pared declamó suspirando:

—Solamente las olas del mar Bohai son agua; nada más las tinieblas del monte Wu son nubes.<sup>3</sup>

El dueño joven entendió el sentido secreto de sus palabras y le dijo:

—Mi padre le estima mucho y admira su talento. Desde hace mucho tiempo quiere establecer una relación más próxima con usted mediante matrimonio. Sin embargo, en nuestra familia hay sólo una muchacha, pero todavía es demasiado chica. Por otro lado, mi tía tiene una hija llamada A Song, quien cumplió diecisiete años y también es muy refinada. Si no me cree, usted puede averiguarlo solo: todos los días ella está en el pabellón del jardín, sirviendo en las habitaciones delanteras.

Kong Xueli lo hizo así, como le dijo su estudiante, y en realidad vio a Jiao Na que llevaba consigo a la hermosa señorita Song. Ella tenía las cejas pintadas, negras y curvas, como los

<sup>3</sup> Son los dos primeros versos de la cuarta de las “Cinco poesías de despedida” de 元稹 *Yuán Zhēn* (779-831), poeta famoso de la dinastía 唐 *Táng* (618-907). El sentido original es que si uno ha visto 渤海 *Bóhǎi* ‘el mar Bo’, lo demás ya no le parece agua, y si ha visto las tinieblas de la montaña Wu, las otras ya no le parecen nubes. La poesía, dedicada a la difunta esposa de 元稹, se ha convertido en metáfora para expresar profundos sentimientos de devoto amor y eterna añoranza por la pareja perdida.

tentáculos del gusano de seda; sus pequeños pies, como hojas de loto, daban pasos ligeros y muy cortos, calzados con zapatitos en forma de fénix. Jiao Na y A Song se parecían tanto, cual si fueran hermanas; eran igualmente bonitas. Se alegró Kong Xueli de todo corazón y pidió a su estudiante que lo presentara a la doncella.

Al día siguiente, el joven salió de su habitación diciendo:

—¡Ya está! Después mandó barrer un patio lateral para organizar la boda de su profesor. Aquella misma noche, los tambores tocaban de manera tan agitada que hasta el polvo caía de las vigas y flotaba en el aire, cual si encima de la fiesta pasara volando algún inmortal. Más tarde, los recién casados se retiraron a dormir e hicieron juntos el brindis ritual. Y tan profunda era su felicidad, que parecía que el mismísimo Palacio Lunar hubiera bajado de las nubes a su cuarto matrimonial.

Una noche, el joven dueño se dirigió a su profesor:

—Jamás olvidaré nuestra hermosa relación y toda su bondad, pero el dueño Shan finalmente ha ganado el pleito y pronto regresará a la mansión; la necesita urgentemente, por lo tanto pienso dejar este lugar y dirigirme hacia el oeste. Tras la mudanza será muy difícil vernos de nuevo. La inevitable despedida llena mi corazón de amargura.

Kong Xueli quería seguirle hacia el oeste, pero el joven insistió en que volviese a su hogar. Fue una despedida muy difícil.

El joven dijo a su profesor:

—¡No esté triste, yo lo puedo enviar a casa inmediatamente!

Pronto apareció el anciano acompañado por A Song, y con un regalo de doscientos *liang*<sup>4</sup> de oro para su huésped. Después, el joven abrazó firmemente con ambas manos a la pareja y les advirtió:

—¡Cierren los ojos y no miren! —y de repente voló cual si estuviera pisando sobre el aire. Los esposos solamente oían el zumbido del viento girando en sus orejas. Paso mucho tiempo antes de escuchar el anhelado:

<sup>4</sup> *Liǎng* 兩: medida tradicional de peso, que equivale a una vigésima parte del kilo.

—¡Ya llegamos! —al abrir los ojos, vieron que verdaderamente habían llegado a la casa natal de Kong Xueli. Él empezó a darse cuenta de que su estudiante no era un ser humano. Conmovido, llamó a la puerta. Se asomó su madre, quien al ver a su hijo y a su guapísima nuera se quedó muda de la sorpresa. Juntos se regocijaron, y cuando volvieron sus cabezas, el joven ya había desaparecido.

A Song atendía a su suegra con infinito esmero filial; era tan bella como virtuosa, y su buen nombre se volvió famoso cerca y lejos. Más tarde, Kong Xueli presentó con éxito los exámenes para oficial de Estado y fue designado magistrado en el juzgado de Yan'an. Se dirigió hacia allí con toda la familia, excepto su madre, quien no podía emprender un camino tan largo. A Song dio a luz un niño varón, a quien nombraron Xiao Huan.

Cierta vez, Kong infringió las órdenes de su superior, y a causa de ese conflicto decidió dejar el oficio. Por otro lado, un juicio que se llevaba contra él le impedía irse de Yan'an y volver a su hogar. De vez en cuando se iba a las afueras de la ciudad para cazar. Fue allí donde se encontró con un joven muy guapo que, montado en un caballo negro, a cada rato le echaba un vistazo. Al observarle más detalladamente, Kong se dio cuenta de que el jinete era el mismo dueño joven, Huang Pu. Emocionado, agarró las bridas de su caballo para detenerlo, con el alma llena de alegría y de tristeza a la vez. El joven lo invitó a continuar juntos. Llegaron a un pueblo rodeado por un bosque tan denso que hasta el sol quedaba oscurecido por el abundante follaje de los árboles. Entraron en una casa cuyo portalón era todo dorado, como si fuera la mansión de alguna familia noble. Kong preguntó por Jiao Na; ella se había casado. Su suegra, la madre de A Song, ya había fallecido, y los dos amigos, juntos, lo lamentaron profundamente. Kong pasó ahí la noche. Al día siguiente se despidió del joven y regresó para recoger a su esposa. Junto con ella, volvió a la mansión de los Huang Pu. Llegó también Jiao Na, quien abrazó al hijo de Kong Xueli y, mientras jugaba con él, meciéndolo en sus brazos, le decía:

—A Song, A Song, ¡mira lo que has conseguido mezclando dos especies!

Kong le agradeció nuevamente por su bondad anterior, y la joven le contestó riéndose:

—Ay, usted es tan noble y considerado que, aunque su herida ya ha cicatrizado, todavía no se olvida del dolor.

Su marido, Wu Lang, también llegó para presentarse. Se quedaron a pasar la noche allí y al otro día se fueron.

Un día, el dueño joven se acercó a Kong Xueli con la cara muy preocupada y le dijo:

—Un desastre inminente nos amenaza desde el cielo; ¿está usted dispuesto a salvarnos la vida?

Kong no entendía de qué peligro se trataba, pero enseguida se comprometió firmemente a ayudarles. El joven salió y regresó poco después con toda la familia reunida. Con profundo respeto hicieron reverencias ante Kong. Él se quedó aterrizado y demandó una explicación.

—Yo no soy un ser humano, sino un zorro. Ahora los Huang Pu nos enfrentamos a un aplastante desastre. Si asume la responsabilidad de defendernos personalmente, usted nos daría a todos la esperanza de sobrevivir. Y si no lo desea, le pedimos que se vaya con su niño en brazos para no involucrarlo innecesariamente.

Entonces Kong juró permanecer junto a ellos en la vida y en la muerte. El joven le hizo colgar su espada en la puerta de la casa, aconsejándole:

—No importa qué tan fuertes sean los truenos, la espada debe permanecer en su lugar.

Kong Xueli hizo todo como le fue enseñado.

Y de verdad vio unas nubes oscuras y pesadas, cual negras piedras, que se revolcaban en el cielo aplastando la blancura del día. Al volver la cara hacia su antigua casa, Kong Xueli ya no podía ver el portalón, en su lugar se erigía una grandísima tumba y a su lado se precipitaba una fosa sin fondo. En medio del estupor, cayó un relámpago espantoso que estremeció las montañas majestuosas; estalló una tempestad desenfrenada y vientos furiosos que arrancaban los viejos árboles de raíz. Con los ojos turbios y los oídos ensordecidos, Kong no podía dar ni un paso. De repente, en medio de los negros nubarrones de humo espeso, distinguió un demonio de pico agudo y garras largas que arrastraba desde una fosa un cuerpo humano y, si-

guiendo el humo, se alzó en el aire. En un instante, Kong pudo ver las prendas y los zapatos, que le parecieron las de Jiao Na. Entonces brincó velozmente, despegándose de la tierra, y atacó al demonio con su espada; el cuerpo liberado cayó hacia abajo. De súbito, la montaña se desmoronó, feroces estruendos se escuchaban uno tras otro; Kong Xueli se desplomó sobre la tierra y enseguida murió.

Poco después, el cielo se despejó. Jiao Na volvió en sí y, viendo a Kong tendido a su lado, muerto, exclamó:

—¡Pobre señor Kong, perdió la vida por mí, ¿cómo podré seguir viviendo?

Salió también A Song y juntas levantaron su cuerpo y lo llevaron a casa. Jiao Na hizo que A Song sostuviera con sus manos la cabeza, y que su hermano mayor le abriera la boca con una horquilla. Después frotó sus mejillas y con su lengua envió la bolita roja a la boca de Kong, le dio un beso y sopló en su cara. Empujada por su aliento y haciendo un sonido como “gup, gup, gup”, la bolita roja se deslizó por la garganta del muerto. Un rato después, él abrió los ojos y poco a poco recuperó el conocimiento. Al ver a sus seres queridos juntos a su alrededor, todo le pareció como un sueño borroso. Al final se reunió toda la familia y se regocijaron de que los sucesos terribles se hubieran acabado.

Sin embargo, Kong Xueli no quería asentarse a vivir en aquella tumba tenebrosa y sugirió que la familia entera volviese a su lugar natal. Todos aceptaron la idea alegremente, excepto Jiao Na, que parecía infeliz. Kong la invitó a que fuera junto con su marido, Wu Lang, pero también pensaron que tal vez los abuelos no quisieran alejarse de sus nietos e hijos. Discutieron hasta el anochecer sin llegar a una solución.

De repente entró corriendo un chico, criado de la casa de Wu Lang, todo empapado de sudor y sin aliento. Sumamente sorprendidos, le interrogaron por los detalles y supieron que aquel día, a la familia Wu le había ocurrido la misma tragedia desastrosa que a ellos y todos habían encontrado la muerte. Jiao Na se sumió en profunda pena y dolor, sus lágrimas escurrían sin parar y todos intentaban consolarle y aconsejarle. Al final, el plan de regresar en grupo fue aprobado rápidamente. Por unos cuantos días, Kong Xueli volvió a la ciudad para resolver sus

asuntos pendientes, y luego, sin esperar una noche más, preparó de prisa sus maletas y regresó; cedió la casa a su amigo y cerró la puerta por fuera. El candado se abría solamente cuando Kong, junto con su esposa, venía de visita.

Kong jugaba ajedrez con los hermanos y hermanas del joven dueño, conversaba, bebía y se entretenía en banquetes; eran como una familia. Cuando creció, su hijo Xiao Huan tenía facciones muy bonitas, pero se le notaba también su naturaleza de zorro, y cuando salían de paseo por la ciudad, todos sabían que era hijo de una zorra.

El señor Yi Shi<sup>5</sup> diría:

—No envidio a Kong Xueli por tener una bella esposa, sino por encontrar una cordial amiga. Al ver la cara de un amigo, uno se olvida del hambre; al escuchar su voz, la sonrisa sale sola en el rostro. Al tener un amigo tan próximo con quien de vez en cuando conversar o comer juntos, ¡el espíritu se regocija frente a la faz querida! Y aquellos líos que acaban con la ropa de ambos en desorden ni de lejos se pueden comparar con la verdadera amistad. ❖

<sup>5</sup> “El señor Yi Shi” o “El narrador de historias extrañas”: 異史氏 *Yì Shǐ Shì*, con este nombre se autodenomina el mismo autor 蒲松齡 Pú Sōnglíng.

